



V CONGRESO ANUAL DE LA ASOCIACIÓN DE COLOMBIANISTAS

LUIS CARLOS LÓPEZ

“UN CLÁSICO DE NUESTRA LITERATURA”

Con la presencia de los expresidentes de Colombia Alfonso López Michelsen y Belisario Betancur, el presidente de la Asociación de Colombianistas, Raymond D. Souza, el ministro de salud, Luis H. Arraut, el gobernador de Bolívar, Guillermo Paniza, el alcalde de Cartagena, Manuel Domingo Rojas, el director del Instituto Caro y Cuervo, Ignacio Chaves Cuevas, el gerente del Banco de la República en Cartagena, Haroldo Calvo Stevenson y el rector (e.) de la Universidad de Cartagena, Óscar Rogers, se dio inicio a las actividades del V Congreso de la Asociación de Colombianistas reunido en la ciudad heroica entre el primero y el 5 de agosto de 1988.

Los temas planteados en este Congreso se centran en el reconocimiento de la literatura de la costa colombiana representada por exponentes de la categoría de Álvaro Cepeda Samudio, Gabriel García Márquez, Orlando Fals Borda, Luis Carlos López y muy especialmente Rafael Humberto Moreno Durán, quienes junto con algunos más han conformado un grupo dedicado seriamente a la creación literaria. La temática, no obstante lo anterior, no dejó de lado la comprensión de los problemas sociales y políticos por los que atraviesa el país, junto con algunas consideraciones de carácter crítico sobre nuestros géneros literarios y su evolución.

En representación del Instituto Caro y Cuervo y como partícipes de las actividades planteadas por este Congreso estuvieron el doctor Ignacio Chaves Cuevas, director del Instituto, y el profesor del Seminario Andrés Bello Diógenes Fajardo.

Noticias Culturales transcribe las palabras pronunciadas por el director del Instituto para presentar al maestro Ramón de Zubiría, así como algunos apartes de la conferencia de don Ramón.

Sea lo primero felicitar a los organizadores de este magnífico certamen, que manifiesta una vez más cómo la ciencia y la cultura están por encima de sesgados intereses y mezquinas interpretaciones de la sana relación que debe existir entre las sociedades y los pueblos y que son ellas —cultura y ciencia— el fundamento de la unión auténtica que posibilita y enriquece la conducta de los hombres.

Quiero al mismo tiempo manifestar mis cálidos agradecimientos por la gentil invitación hecha al Instituto Caro y Cuervo para participar en este quinto encuentro de colombianistas, a la vez que señalar, y no propiamente a manera de excusa, la sorpresa que tuvimos al enterarnos aquí en esta Cartagena del tiempo, que se me colocaba en el menudo compromiso de introducir las palabras que sobre Luis Carlos López —el más altivo, independiente y original de los poetas de la ciudad— hacía (y las palabras se hacen) don Ramón de Zubiría, el maestro cartagenero por antonomasia, ante un selecto y sabio auditorio de especialistas en Luis Carlos López, todo ello bajo la luz única y el espacio singular de la no menos única y singular Cartagena de Indias.

Esta sorprendida circunstancia me permite saltar, un poco a la torera, las normas tradicionales de esta clase de actos para hablarles, de manera un tanto deshilvanada, de nuestro expositor, y para hacer unas breves

EN ESTE NÚMERO :

V Congreso anual de la Asociación de Colombianistas	1
Grados de maestría en el Seminario Andrés Bello	7
Eduardo Santos	11
Lucio Pabón Núñez	18
Guillermo Hernández de Alba	20



INSTITUTO CARO Y CUERVO
APARTADO AÉREO 51502
BOGOTÁ — COLOMBIA

NOTICIAS CULTURALES

SEGUNDA ÉPOCA

y secundarias reflexiones sobre la obra de nuestro impredecible poeta.

Oculto en la maraña de innúmeras actividades y disminuída por el aparente prestigio que dan ciertos medios de comunicación, la labor docente y pedagógica de don Ramón de Zubiría prosigue silenciosa y eficaz, formando y enriqueciendo, desde sus cátedras de la Universidad de Los Andes y del Seminario Andrés Bello del Instituto Caro y Cuervo, a tantos y tantos estudiantes y estudiosos nacionales y extranjeros que tuvieron y tienen la afortunada oportunidad de asistir a sus magistrales lecciones de humanismo.

Cuando recién doctorado en John Hopkins University regresó a Colombia a regentar la cátedra de "estilística", la primera que hubo en el país, nadie, pienso que ni siquiera los mismos directivos de la Institución Universitaria que lo invitaron y lo aceptaron, sabía de lo que se trataba, de lo que se trataría y de la profunda importancia que para los estudios literarios en Colombia tendría la labor que iría a desarrollar el novel profesor.

Su conocimiento de las tesis de Helmut Hatzfeld, Charles Bally, Benedetto Croce, pero sobre todo de Leo Spitzer y de Amado y Dámaso Alonso, aplicadas sensatamente al análisis de la literatura colombiana en general y en particular a la poesía en verso, pronto rindieron generosos frutos, de los que hay testimonio a lo largo y ancho de la actividad crítica e interpretativa nacional e internacional. Recién publicado en España su ya clásico estudio sobre don Antonio Machado, el centro de las preocupaciones de don Ramón, como de ahora en adelante se llamaría en los recintos académicos, fue la obra de Luis Carlos López, el querido, admirado y temido "Tuerto López". Ya por el año de 1960, don Ramón había realizado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Los Andes, dos seminarios sobre la obra del vate cartagenero y comenzaba a acariciar el proyecto de hacer una edición crítica de sus poesías.

Y surge aquí un nuevo capítulo pródigo de la historia literaria de esta ciudad y del país todo. Entre don Ramón y el poeta existió, y yo diría existe, una particular y fecunda amistad, revitalizada por vínculos familiares y enriquecida por el particular y cabal conocimiento que uno y otro tienen de la Cartagena de entonces, quiero decir, de la Cartagena de siempre, de sus raíces, de sus rincones, de sus secretos, de sus personajes, de sus intimidades, en fin, de su historia toda.

Porque —y hay que decirlo de una buena vez—, para justipreciar y conocer en profundidad la obra de Luis Carlos López, se requiere un pleno y óptimo conocimiento de la "vida" de la ciudad legendaria.

Se da, entonces, en don Ramón la privilegiada condición de poder situar el producto artístico del cartagenero desde tres perspectivas bien diferentes y complementarias y que constituyen la unidad: la formación académica y profesional, los espacios y tiempos de la palabra poética y el sentimiento personal e íntimo del creador.

Es desde aquellos años que don Ramón ha venido explicando con energía, constancia y sabiduría el credo estético del cartagenero, el significado de su obra y su importancia en el panorama nacional y continental, sin perder de vista la situación de su creación poética en el todo de las letras hispánicas. Esta ejemplar labor docente nos ha dejado conocer, por otra parte, que don Ramón es, primero y antes que nada, una vocación pedagógica.

Desde hace ya algunos años un grupo de intelectuales europeos y latinoamericanos emprendió una titánica labor que bajo la denominación de "Archivos de la literatura latinoamericana y caribeña del siglo xx" pretende editar las obras de los más importantes autores latinoamericanos, como su nombre lo dice, del siglo xx. En la selección de autores colombianos escogidos para complementar el elenco continental, figura la edición crítica de las poesías de Luis Carlos López, la cual estará al cuidado de don Ramón de Zubiría. Cumpla con el honor de darles a ustedes esta grata noticia. Por fin, en un período de tiempo prudencial, tendremos 'La Edición' (con mayúscula) de las obras del memorable "Tuerto" cartagenero, el que, y sólo con algunas honrosas excepciones, ha sido poco afortunado con sus comentaristas de turno, quienes oscilan entre colarlo como un humanista guasón y simpático y un precursor de la más recalcitrante actitud revolucionaria de izquierda, sin advertir la circunstancia en el mundo del poeta y su realidad auténtica y sin considerar cómo lo verdaderamente revolucionario era su postura ante la lengua y ante el credo estético predominante: el modernismo. Para algunos, aún hoy, resulta sorprendente, por decir lo menos, que fuera Cartagena, su sentida Cartagena, la fuente y tema de la "acción" de su poesía y ver en esta "acción" el valor último, el mensaje, para llamarlo de alguna manera, de su quehacer literario, retrotrayendo la que parece inagotable disquisición entre "fondo y forma", tan superada y anacrónica desde las adquisiciones ya casi centenarias del lingüista ginebrino.

Un credo estético en literatura conlleva necesariamente una postura ante la sociedad y una actitud ante el instrumento lingüístico. Eso lo cumple a cabalidad nuestro poeta, quien es, en últimas, uno de los fecundos y originales creadores de lengua en la rica tradición lírica colombiana.

Desde las actuales perspectivas, Luis Carlos López es ya un clásico de nuestra literatura y pasó hace tiempo a engrosar el caudal del río de la tradición lírica nacional, y es que finalmente la tradición no es sino la suma y la síntesis de los estelares momentos revolucionarios de una sociedad. Momentos que se cristalizan en una retórica personal y propia, instrumento expresivo de las necesidades e intereses comunicativos del poeta.

Quizás la única y gran diferencia entre la creación lírica perdurable y la cotidiana contingente estriba en la actitud del autor ante la lengua, ante el instrumento lingüístico, y su sapiencia o su intuición para hallar el camino de recrearla y “hacerla” a su imagen y semejanza.

El gran creador literario crea su lengua, el otro utiliza la lengua común. Valgan a manera de ejemplo estos versos archiconocidos de César Vallejo y Luis Carlos López, respectivamente: “Quiero escribir pero me sale espuma” y “¿Qué hago con este fusil?”.

Pienso, sin querer molestar a algunos de los aquí presentes, que el estudio de fondo sobre la poesía de Luis Carlos López aún está por escribirse y guardo la esperanza, que es seguridad, de que con la aparición de la edición crítica de sus poesías tendremos el trabajo que corresponde a la calidad y a la dignidad literaria de nuestro admirado poeta.

Los dejo ahora en compañía del verbo mágico y subyugante del maestro y del amigo.

Muchas gracias.

IGNACIO CHAVES CUEVAS

APROXIMACIÓN

A LUIS CARLOS LÓPEZ

En el V Congreso Anual de Colombianistas Norteamericanos hizo don Ramón de Zubiría una aproximación al poeta cartagenero Luis Carlos López, que con mucha claridad evocó el perfil singular de un hombre que le dio a la poesía colombiana elementos muy particulares.

Ese poeta, de fibra idealista, satírico, antiheroico, que amó limpiamente a su ciudad natal, que nunca asumió la postura de un indolente e impasible espectador, aparece, en estas palabras de don Ramón, más cercano, más nuestro. Y es que, como lo dice el conferenciante, Luis Carlos López fue fiel a las mejores esencias de Cartagena y supo combatir, con ironía, la medianía insolentada, el fariseísmo y la más variada gama del arribismo. Y eso lo hace más auténtico, más profundo.



LUIS CARLOS LÓPEZ

Al mismo tiempo el vate es un personaje *sui generis*. “De él existe la más multifacética baraja de imágenes. Algunas, cándidas, fruto casi siempre de una superficial lectura de sus poemas, o del error, muy frecuente, en que incurren quienes asumen que el autor y el protagonista de una creación literaria son una misma persona. Ejemplo: la imagen de un López poeta y bohemio desmelenado, con su correlativo desaliño, la cual, para quienes le conocimos, forzosamente, nos hace sonreír. Pues López fue pulquérrimo varón, con pulcritud extremada hasta la coquetería de teñirse el pelo, de manos impecables —fumaba con boquilla por no mancharlas de tabaco— tan tersas y pulcras que parecían de nácar, y daban la impresión de no haber sostenido con ellas peso mayor que el de una pluma; señor, en fin, de la más fina y cuidada estampa, de aire inconfundible, tan esbelto y mosqueteril en el andar, que parecía caminar como la lluvia, sin doblar la rodilla.

“De él también se ha dicho, y se dice, que fue un excéntrico, y, apurando el dictamen, que fue un misántropo.

“¿López excéntrico? Pero ¿cómo soltar fallo tan aberrante para calificar a quien fuera el hombre y artista más ahincado, arraigado en su centro, en su circunstancia geográfica y vital, circunstancia con la cual estuvo umbilicalmente ligado con su nativa Cartagena?”

“Y ¿qué decir del López misántropo? Nos preguntamos ¿cómo podía serlo si entre los distintivos mayores de su espíritu estuvo siempre su ternura, la

que desplegaba particularmente en el trato con los suyos y con los niños, los inválidos y los animales? Fue, además, cultor de la amistad.

“¿Misántropo? Pero si fue la suya ánima conmovida por el más púdico amor, la que escribiera aquellos *Versos para ti*:

VERSOS PARA TI.

“Y sin embargo, sé que te quejas”.

BÉCQUER.

... Te quiero mucho. Anoche, parado en una esquina te vi llegar... Y como si fuese un colegial, temblé cual si me dieran sabrosa golosina...
— Yo estaba junto a un viejo farol municipal.

Recuerdo los detalles, cualquier simple detalle de aquel minuto: como si fuese un chimpancé, la sombra de un mendigo bailaba por la calle, gimió una puerta, un chico dio a un gato un puntapié...

Y tú pasaste... Y viendo que tú ni a mí volviste la luz de tu mirada jarifa como un sol, me puse más que triste, tan hondamente triste, ¡que allí me dieron ganas de ahorcarme del farol!...

“Un alma, en fin, transida de la más honda ternura por los desvalidos e indefensos, como el ciego aquel de *Fresco amanecer*, el mendigo de *Llovía*, *El trashumante Mateo*, o el oscuro y anónimo muerto de *In pace*”.

Es en el perfil humano y en los signos característicos de su escritura donde se reflejan “los rasgos diferenciales del alma de su ciudad, con cuyas esencias se impregnó e identificó plenamente el alma del poeta. El propio López definió alguna vez esta su identificación con la ciudad. Aquí están sus palabras: ‘Yo soy eminentemente anfiscio y Cartagena lo es en grado sumo. Aquí hay que prosternarse, conmovido por dentro y burlón por fuera’. Y así, por anfiscio, como ella y por ella, se desdobló en la ambigüedad que a los dos — ciudad y poeta — distingue, para ser, al tiempo, respetuoso e irreverente, sentimental y burlón, tierno y mordaz, generoso y zumbón.

“Y, efectivamente, no hubo un rasgo suyo que no fuese reflejo del modo de ser de su ciudad. Empezando por el más sobresaliente: su bondad, porque, por encima de todo, López fue un hombre — como diría Machado — ‘en el buen sentido de la palabra, bueno’, limpia y verticalmente honesto. Y fue también dueño y señor de su dignidad y altivez. Nunca su austera nobleza gastó concesiones a la vanidad. De la fama, sólo le tentó el renombre, y así, orgullosamente, gustó el halago de saber exaltada su obra por jueces como Unamuno, Darío, Valle Inclán, Amado Nervo, y entre los colombianos, Sanín Cano y Eduardo Castillo. Por las regalías, o cualquier for-

ma de rentabilidad de sus creaciones, guardó siempre un olímpico desdén. Así se explica la franciscana pobreza de sus postreros días. Prefirió a todas horas su fiera altivez a cualquier repertorio de sinusidades para subir ‘poco a poco de escalón a escalón’.

“Y junto a su desdén por lo económico, estuvo su generosidad. De comerciante, en la tienda de ultramarinos que tuvo con su padre, regalaba a los niños los dulces por puñados; de consagrado escritor, regalaba sus poemas a los amigos y jóvenes escritores para aprestigiar y hacer productivas con ellos las revistas que publicaban. Fue, sí, hombre tímido, pero también fue hombre sociable, gran caballero de suaves y finas maneras. No fue nunca esquivo con quien entraba en contacto con él. Rehuía, eso sí, el trato con los aduladores y la acosante jauría que iba tras de su rastro con su impertinencia o estupidez. Para defenderse de ellos se atrincheraba en su supuesta hurañez, y los espantaba, se los quitaba de encima, con el aguijonazo gracioso, el puntillazo cáustico o la estocada mortal, que él calibraba según la magnitud de la agresión.

“En cambio, ¡cuánta belleza y derramada gracia prodigaba, a los amigos, en la intimidad! Sí, López fue hombre sociable y tanto que, por sus mocedades, fue asiduo frecuentador de clubes, y hasta garboso bailarín y, ya por sus maduresces, y por el reconocimiento que suscitaba su obra, eje de tertulias o centro de caudalosos homenajes.

“Y, como buen cartagenero, fue también irreverente, con una irreverencia que le venía de la cotidiana frecuentación con la historia grande, el bronce y el mármol, y de su humanismo básico, de fondo, que le hacía anteponer para su respeto las personas a los personajes, y respetarlos únicamente en función de su verdad, virtudes y valores. Porque respetuoso fue siempre con lo sagrado, lo honesto y verdadero. Con lo que no transigió nunca fue con la impostura, la trampa o la mentira, con ninguna forma de la fatuidad, de eso que el pueblo cartagenero, con gracia muy propia, llama ‘la fartedá’, es decir, lo artificioso, lo falso, lo postizo. Por eso fustigaba con su sátira las posturas y simulaciones afrancesadas de ‘Los que llegaron de París’. Por eso fue el gran denunciador de lo que Jorge Zalamea Borda llamó ‘La comedia tropical’.

“Algunos han creído ver en la sátira de López y la acritud de su poesía social la proyección de un espíritu revolucionario, tanto en su actitud civil como en su expresión literaria. Ciertamente, no creo que nadie se aventure a negar que la suya fue la menos adocenada de las conductas, pero decir precipitadamente, a partir de esta inicial y veraz consideración, que la sátira social en su poesía fue consecuencia de una postura o mentalidad revolucionaria, es ya demasiado.

No. López, a pesar de los explosivos elementos que hay en su obra, fue espíritu apacible, lo menos dado a subvertir orden de ningún tipo. Para interpretar su poesía de protesta social no hay que inventarle ninguna ideología especial, mucho menos extranjerizante. Porque lo que en aquellas páginas de protesta social realmente quedó consignado fue el testimonio del inconformismo y censura de López frente al deterioro que invadió la atmósfera social de su ciudad, con la irrupción del llamado progreso moderno, que tanta mella causó en las normas e ideales del pasado”.

La dimensión creadora del poeta de Cartagena trascendió nuestras fronteras, a pesar de no haber dejado una obra vasta. Fue un escritor de alto rigor crítico, con una claridad esplendorosa; un gran verificador que manejó el lenguaje con precisión y rica originalidad.

“Nos dejó cuatro libros: *De mi villorrio*, 1903; *Posturas difíciles*, 1909; *Varios a varios*, en colaboración con Manuel Cervera y Abraham Z. López Penha, 1910 y *Por el atajo*, del que hay dos ediciones, de 1920 y 1928, cuajado fruto de su cuidada escritura, en la que, asombrosamente, casi no hubo tanteos. Porque desde los pinitos literarios de López se ve ya cómo se adensa y precisa rápidamente su estilo. Se distinguen pronto, con perfiles netos, la andadura de su verso, la seguridad y rapidez de su dibujo, sus delectaciones cromáticas y los demás rasgos diferenciales de su expresión poética.

“¿En qué consistieron básicamente esos rasgos estilísticos diferenciales? Ante todo, me parece, hay que destacar la originalidad de su mundo temático, referido fundamentalmente a la confrontación de su propio entorno, pero confrontación realizada con una singularísima visión de la realidad, con una manera muy particular de mirar las cosas, por virtud de su enfoque plenario, totalizante.

“Se ha dicho que todo paisaje es una selección. Puede ser. Pero los paisajes de López no están hechos por la selección de determinados elementos sino por la inclusión y entrega de una visión integral de la realidad, en la que lo sublime y lo cursi, lo noble y lo bellaco, lo trágico y lo cómico, aparecen inseparables, como se hallan en la vida. Cabe observar que las contradicciones y ambivalencias inherentes a ese tipo de visión ofrecen posibilidades extraordinarias para un juego de contrastes, que utilizadas como lo hace López, se resuelven en los efectos de visión cómica más sorprendentes. “Pues bien, de esa visión totalizante, muy caribe, por lo demás, debieron desprenderse, a mi modo de ver, los principales recursos expresivos que configuran el que podríamos llamar poema típico de López. En primer lugar, su lenguaje poético, un lenguaje en tono menor plasmado fundamentalmente por la amalgama, desconcertante, de un

léxico culto, de extracción muy literaria, hasta preciosista, y los vocablos más prosaicos y coloquiales, sin exclusión de lo feo, o lo escatológico. En verdad, López fue de los primeros en abrir los diques de lo que Jorge Guillén llamó “lenguaje de poema”, con demostración de que toda palabra cabe en el poema, lo que por contera abrió perspectivas temáticas antes inimaginables.

“En un segundo plano — no menos importante — aparecen los símiles y metáforas de López, que, por pareja vía, brotan de la aproximación de los elementos más contrapuestos, contradictorios o antagónicos de una realidad, como dije, confrontada de manera integral, en toda su plenitud. Porque López raramente conjuga o aproxima, en trance analógico, dos elementos situados en un mismo plano de belleza; así, no compara, por ejemplo, los ojos con un lago, la boca con una rosa o clavel, etc., sino que lo hace, casi siempre, por vía de contraste o contraposición de lo poético con lo prosaico. Así el cabello rubio y ensortijado de una muchacha no es para él — valga el símil — una cascada de oro, sino ‘coliflor de mostaza’; de las alemanas dice que tienen el pelo ‘color de mantequilla’; de unos ojos grandes, que son ‘ojos de queso de Gruyere’; en otra ocasión, comenta de alguien que es ‘más serio que un cerrojo’; y en otra, califica a una mujer de ‘traidora como la cerradura



RAMÓN DE ZUBIRÍA

de un hotel'. Cuando esta técnica metafórica se aplica a la descripción de un paisaje, el resultado, más que a una descripción, se aproxima a la caricatura de ese mismo paisaje".

Don Ramón de Zubiría termina su conferencia sobre el "Tuerto" López señalando una de las características más sobresalientes de este poeta: "el uso de la ironía y el desplante humorístico y epigramático para diluir lo sentimental".

Y es que, dice don Ramón, el vate cartagenero, "en el fondo fue eso: un sentimental, pero un sentimental celoso de su intimidad, que no alardeaba de serlo. Por eso, muchas veces, después de iniciar un poema con el más limpio vuelo lírico, como si de pronto y a disgusto se sorprendiera a sí mismo reflejado en aquel trance romántico, le clavaba entonces al poema el alfiler de su ironía o su humor para hacer que, finalmente, nos estallase en la cara, igual que un globo de colores".

Al final el conferenciante dice que López nos ha dejado una actitud. Y continúa "y es cierto, Y una actitud —hay que subrayarlo— que aún no le ha sido reconocida debidamente: la de haber sido uno de los primerísimos poetas latinoamericanos que centraron su atención sobre la propia circunstancia, para indagarla y confrontarla trascendiendo lo simplemente pintoresco, el folclorismo y los devaneos de color local, y ahondar, en cambio, en lo intransferible y esencial.

"Sus exploraciones ambientales, sus disecciones en nuestra urdimbre social y en los meandros de nuestra idiosincrasia, desde un principio marcaron pauta y se constituyeron en referencia ejemplar para el quehacer de los escritores que vinieron después. Secreta y cómplice, en la escritura y la actitud, a mi modo de sentir, existe una línea que pasando por Huidobro y Vallejo, va de Luis C. López a Nicanor Parra, el poeta, y Gabriel García Márquez, el fabulador.

"El consenso de varias generaciones y los juicios de la más rigurosa y ponderada crítica han conferido a López la jerarquía de poeta mayor con que hoy figura en nuestro parnaso. Y poeta mayor, no porque en su poesía alentara, subyacente, una metafísica propia; menos aún por el volumen de su producción o por su hondura y riqueza psicológica, sino, definitiva e inapelablemente, por la autonomía y singularidad de sus creaciones, de mundo propio traducido a estilo propio, fantástico o real el primero, inconfundible e intransferible el segundo. Otros poetas habrá más grandilocuentes que él, con más engréida tramoya, y otros más dulces o musicales. Ninguno lo aventaja en la reciedumbre, riqueza y singularidad de su capacidad creadora, en su autenticidad de hombre y de poeta".

RAMÓN DE ZUBIRÍA

HACE CIENTO CINCUENTA AÑOS NACIÓ LUIS SEGUNDO DE SILVESTRE

El 1º de junio de 1838, hace 150 años, nació en Bogotá don Luis Segundo de Silvestre. En 1858 fue secretario privado de don Mariano Ospina Rodríguez, en ese entonces Presidente de la República.

Don Luis Segundo fue activo periodista. Fundador del semanario *La Patria*, redactor de *La República*, en donde reemplazó a Jorge Isaacs. Colaboró en la *Revista de Bogotá* y trabajó en el semanario *El Orden*.

En la actividad pública, el autor de *Tránsito* intervino en el Congreso, fue Magistrado en el Tribunal del Estado Soberano del Tolima y en la Corte Suprema Nacional, y Secretario de Gobierno y encargado del Despacho de Hacienda en el mismo Estado Soberano del Tolima, al lado del Presidente Antonio B. Cuervo, de quien fue luego jefe de estado mayor en la contienda de 1876.

Como escritor, don Luis Segundo usó los seudónimos de *Hernán Pérez del Pulgar*, *H. P. del P. H.*, *Saldaña* o *González Cortina*.

Además de sus múltiples escritos doctrinarios y de alguno que otro epigrama, la obra de Luis Segundo de Silvestre se reduce a los cuentos *El alojado* y *Un par de pichones*, y a la novela *Tránsito*. Sin embargo, su producción es realmente jugosa y estimable.

Tránsito es una de las muestras más simpáticas, entre las narraciones colombianas del costumbrismo. Está llena de color y de verdad, y el argumento interesante y delicado sirve para un valioso estudio de nuestro folclor.

Don Juan Valera opinó, en carta dirigida a don José María Rivas Groot, que: "es lástima que no lleguen por aquí ni leamos nosotros sino poquísimos de los libros en prosa que ustedes escriben. Yo, lo confieso, aún no he leído más que una novela de Bogotá: *Tránsito*, de Silvestre. Y aseguro a usted que han quedado vivamente impresas en mi mente las escenas que describe, en las fecundas márgenes del Magdalena; las fiestas populares, las alegres cabalgatas, los apasionados amoríos, y el poético baile y tonada y canto a la vez, que llaman *bambuco*, y que se me figura que no ha de ser inferior a nuestros fandangos, boleros, jotas y seguidillas".

GRADOS DE MAESTRÍA EN EL SEMINARIO ANDRÉS BELLO

El pasado 9 de agosto, en la Casa de Cuervo, sede del Seminario Andrés Bello, se concedió el grado de Magister en Lingüística Española y en Literatura Hispanoamericana a un grupo de alumnos del Seminario Andrés Bello.

Noticias Culturales transcribe a continuación los discursos de los profesores Ignacio Chaves C., director del Instituto Caro y Cuervo, Jaime Bernal L., decano del Seminario Andrés Bello, y Juan Manuel Cuartas, quien habló en nombre de los graduados.

DISCURSO DEL DOCTOR IGNACIO CHAVES CUEVAS

MAGISTERIO VIVIFICANTE

Al cumplirse treinta años de la creación del Seminario Andrés Bello, quiso el Instituto Caro y Cuervo realizar una ceremonia de graduación que diera inicio a las actividades que se llevarán a cabo para celebrar tan significativa conmemoración. Nació el Seminario Andrés Bello por un acuerdo de cooperación entre la Organización de los Estados Americanos y el Instituto Caro y Cuervo, como manifestación de la voluntad de los directivos de la Institución de crear un centro de formación docente e investigativa del más alto nivel académico, que sirviera para adiestrar y capacitar profesores e investigadores en las áreas de su competencia, quienes, además, fueran la respuesta del primer centro de investigación del país a la apremiante necesidad de habilitar profesores de lengua y literatura, quienes pudieran enfrentar su empeño con solvencia científica, integridad ética y honradez profesional.

No ha sido vano ni estéril el esfuerzo realizado durante estos treinta fecundos años en los que el espíritu y el pensamiento, para decirlo de otra manera, el modo de ser científico del Caro y Cuervo, se ha extendido por el mundo y el horizonte de la academia y de la universidad ejerciendo su equilibrado magisterio vivificante. Y cuando digo por el mundo no estoy haciendo, ni mucho menos, una metáfora. Cerca de mil quinientos egresados, entre colombianos y extranjeros, repartidos y diseminados en más de 40 países del orbe y en casi todas las universidades colombianas justiprecian y exaltan la labor desarrollada y colman de venturoso significado el quehacer venidero.

Pero como era de esperarlo, no ha sido fácil desarrollar tan exuberante labor. A las limitacio-

nes congénitas de nuestra organización administrativa (burocratismo, desidia, falta de sentido de la colaboración, ausencia de conocimiento del tema por parte de los funcionarios de turno, falso sentido de la autoridad, pobreza espiritual y económica), hubo de agregarse la incomprensión y en ciertos casos la mala intención de algunos profesionales catedráticos y críticos que consideraban y quizás todavía consideran que el pensamiento y el modo de ser de la Institución eran retardatarios y que la enseñanza y la formación que se empezaba a impartir lo serían igualmente, por no pertenecer a la última escuela y por no predicar la teoría de moda. Hoy, desde la distancia que crea el transcurrir temporal y un poco con el criterio de cosa juzgada, podemos decir con satisfacción y sano orgullo que no estaban equivocados los mentores y gestores de la empresa cultural y que su intuitiva audacia y su capital conocimiento de la realidad cultural colombiana la fundamentaron sólidamente. Ha sido la invulnerable tenacidad y la abrumadora capacidad de trabajo de hombres como Félix Restrepo, José Manuel Rivas Sacconi y Rafael Torres Quintero, el germen y el fermento del entonces novedoso proyecto, hoy dinámica realidad fecunda.

También desde la doble perspectiva de lo realizado y de lo por hacer nos cabe la ufanía y el alborozo de no caer en la tentación de la fugaz moda ni de pagar réditos a la última novedad en boga. Asidos a un insondable y acentuado conocimiento y estudio de lo nuestro, sabedores de nuestras fallas y deficiencias, enterados de cuanto significa nuestro modesto aporte, hemos encontrado la manera de decantar lo esencial de lo nuevo para enriquecer y engrosar el caudal de nuestros conocimientos, de los procedimientos metodológicos y científicos utilizados, en fin, de nuestra actividad existencial toda.

El Seminario Andrés Bello se ha caracterizado y seguirá caracterizándose por practicar una pedagogía en la que se equilibran lo teórico y lo pragmático. Partiendo de la concepción de la lengua como un todo unitario y dejando de lado la equívoca dicotomía lengua-literatura, formamos un profesional que puede dedicarse tanto a la enseñanza como a la investigación. Pero sobre todo, —conocedores de lo que significa investigar y del estado en que se halla la investigación en el medio colombiano y en nuestras áreas especí-

ficas—, queremos un egresado que sea capaz, por su cuenta y riesgo, con voluntad e imaginación, de realizar tareas investigativas que sean un aporte a su historia personal, a su hoja de vida profesional, a la actividad cultural toda y sobre manera un beneficio y una ocasión de servicio para sus alumnos y estudiantes.

Es ésta la dinámica empresa en la que también se halla empeñado el Instituto Caro y Cuervo. Hoy, al reunirnos para hacer entrega del título de Magister a veintidós profesores que han cumplido con todos los requisitos que la ley y el reglamento académico les exigen, estamos seguros de que entregamos a la comunidad y a la cultura maestros que investiguen y científicos que enseñen. Personas de bien, docentes e investigadores, que hagan escuela. Gentes venidas del extranjero y de diversos lugares de la república, quienes con voluntad y tesón avanzan en el camino de su propia realización y en el servicio a la ciencia y a la cultura. Personas para quienes este título académico no es la meta final, ni el propósito último de su quehacer intelectual, sino una adquisición básica para nuevos hallazgos en la perenne senda del saber.

Y aquí cabe preguntarnos por el valor y la importancia para la educación, de un título otorgado a profesionales que vienen ejerciendo el magisterio con competencia y honestidad. Es que acaso este título complementa en algo la formación que adquirieron a lo largo de sus estudios. Pues bien, el título en sí no tiene el atributo de agregar conocimiento o virtud en determinada ciencia, pero su otorgamiento legal es el reconocimiento oficial que hace la sociedad de la capacidad real que tiene el favorecido para ejercer con equidad y justicia la profesión escogida. Pero, además, es una manera de afirmar el compromiso que adquiere la persona que lo recibe de servir cabalmente a esa sociedad, bajo la responsable garantía de la Institución que lo otorga. El Instituto garantiza, mediante estos diplomas, que las personas a las que se les otorga han cursado y aprobado un ciclo de estudios en todo lo relacionado con la ciencia del lenguaje y han presentado serios trabajos de investigación lingüística, filológica o literaria, dentro de un exigente marco ético, sustento necesario de toda su actividad académica.

Por lo demás, el Instituto es lo suficientemente claro y preciso para entender que la investigación realizada con procedimientos rigurosos y modernos es la razón de la calidad científica de un



El doctor Ignacio Chaves, director del Instituto Caro y Cuervo, interviene durante el grado de Magister en Lingüística Española y en Literatura Hispanoamericana de un grupo de alumnos del Seminario Andrés Bello.

profesional y el acicate para descubrir nuevos caminos de la ciencia o para enriquecer y verificar los ya conocidos.

Saben bien nuestros egresados que los senderos de la ciencia son inagotables y que sólo el rigor y la honradez permiten transitarlos con alegría, satisfacción y probidad. Estamos seguros de que su inquietud intelectual, su ansia de información, su preocupación por cuanto acontece en la lengua y en su aplicación práctica, harán de ellos maestros eficientes, desinteresados guardianes de la verdad, conciencias críticas que no se dejarán engañar por el falso resplandor del pernicioso éxito fácil. Que el singular dón de comunicar que los acompaña será una manera de beneficiar al otro, a los otros. La seguridad en la calidad y eficacia de su tarea es un acto de fe de esta casa de estudios, en su porvenir, en su coraje, en su espléndida juventud.

No puedo ni debo concluir sin expresar nuestros cálidos agradecimientos a las autoridades del Ministerio de Educación Nacional, del ICFES y del ICETEX por su benevolencia, por su ayuda y por su colaboración para con el Seminario y en general para la actividad toda del Instituto Caro y Cuervo, y sin manifestar nuestro reconocimiento agradecido al ilustre gobernador de Cundinamarca, miembro honorario del Instituto, doctor Jaime Posada, cuya contribución y asesoría han sido básicas para la adquisición de una nueva sede pro-

pia, que será el recinto ideal para la constante actividad del Seminario Andrés Bello. Lo mismo que a la mesa directiva de la Asociación Colombiana de Universidades y a su director ejecutivo por la generosa acogida que dispensaron a nuestra solicitud para formar parte de esa esclarecida entidad. Finalmente, quiero manifestar mi profunda gratitud a la Junta Directiva del Instituto, en especial a su presidente honorario, por la confianza y el respaldo depositados en el director de la Institución, y a las directivas del Seminario y a sus profesores, por la ejemplar labor desarrollada, labor que los enaltece y los honra. Para los nuevos maestros mis parabienes y mi felicitación por el título obtenido con base en su dedicación, su esfuerzo y su talento.

* *

DISCURSO DE JUAN MANUEL CUARTAS
EN NOMBRE DE LOS GRADUANDOS

CONTACTO CULTURAL, INTELLECTUAL Y HUMANO

Es una verdad incontestable que el hombre se define socialmente por las características de su adscripción a las instituciones, pues éstas le ofrecen la participación en una continuidad erigida sobre determinada visión de mundo y sobre determinados criterios de funcionamiento. De esta manera le compete al hombre ser reproductor, cuestionador o transformador de lo institucional y, en consecuencia, dar identidad a sus actitudes y funciones al interior de la sociedad.

Dentro de una ortodoxia, las instituciones suelen ir a la zaga de un reconocimiento social, para lo cual enseñan progresivamente una imagen y unos resultados. Está en juego con ello la definición de las instituciones como entes y su contribución a la caracterización de la sociedad como organismo. El individuo reconoce, por su parte, que su papel al interior de las instituciones consiste en coadyuvar a su construcción-reproducción, pues éstas suelen dilatarse en el tiempo tendiendo a las dimensiones de baluarte o símbolo social (sean cuales fueren sus connotaciones); el individuo es, entonces, breve con relación a la institución a la que entrega su disposición de trabajo, pero ello no quita que en su momento pueda ser — y lo sea efectivamente — el promotor de esfuerzos, el conciliador de criterios, el orientador. Tenemos pues otra verdad incontestable; las instituciones se definen a cada momento por el curso de sus hombres.

Ahora bien, entre individuos, con relación a las instituciones, hay un pacto de empresa por desarrollarse, de visión de mundo promovida por la institución misma. En algunos casos la adscripción a la institución implica reproducir estructuras ciegas a una comprensión integral del hombre, la cultura y la sociedad, pero para instituciones como la que hoy nos congrega, para el Seminario Andrés Bello, el pacto de continuidad ha ido cambiando de términos a medida que la modernidad ha exigido estilos y esfuerzos diferentes. De esta manera los individuos que tangencial o neurálgicamente han aunado y aunamos entusiasmo, creatividad e ingenio para que el Seminario Andrés Bello cobre personalidad en el tiempo, hemos ganado a nuestro turno el apoyo necesario para dignificar y justificar el quehacer presente, para proyectarnos con visión progresiva hacia el futuro cultural e intelectual de los pueblos con los cuales estamos comprometidos.

A lo largo de treinta años de docencia de alto nivel en las áreas de lingüística y literatura, se han seguido de cerca la identidad sociolingüística y la promoción literaria hispanoamericana. Ha sido una continua puesta en escena de las múltiples lecturas que exigen los métodos de análisis en las dos áreas; entrañando todo ello el establecimiento de un contacto cultural, intelectual y humano entre estudiantes y profesores de diferentes partes del mundo.

Vale preguntarse entonces, ¿qué sentido cobra el Seminario Andrés Bello como institución ante la lingüística y la literatura hispanoamericanas? ¿según su cometido de estudiar rigurosamente la lingüística y la literatura hispanoamericana? Si modernamente se entiende que la sociedad que no se autoobserva en sus aspectos más esenciales se ve abocada a un caos de ahistoricidad en el que los valores fundamentales se dispersan, la lingüística y la literatura — como disciplinas humanísticas que son — establecen un contacto directo y revisionista con lo humano, lo social y lo cultural; no para usufructuar, sino para comprender el porqué de las expresiones más auténticas de un pueblo (su habla y su literatura).

Hoy nos reúne, pues, señoras y señores, respetables ausentes (padre Félix Restrepo, doctores Aristóbulo Pardo, Luis Flórez, Rafael Torres Quintero, Darío Abreu, Pedro Ignacio Sánchez), el necesario momento de los resultados, de la evidencia de la labor cumplida y la perspectiva histórica de una institución a través de veintidós nuevos graduandos.

LA LENGUA, FORJADORA DEL ESPÍRITU NACIONAL

Otorga hoy el Seminario Andrés Bello el grado de MAESTRÍA a veintidós profesores que han cumplido con todos los requisitos exigidos para tal fin. Muchos de ellos son colombianos y algunos provienen de diversos países del orbe: Yugoslavia, Ecuador, España, Australia y Corea del Sur. Durante dos años cursaron y aprobaron las asignaturas contempladas en el *curriculum* y luego trabajaron la respectiva monografía. Fiel al compromiso adquirido, el Seminario entrega hoy a Colombia y al mundo este selecto grupo de postgraduados, equipados todos ellos con las necesarias herramientas para el desempeño cabal de su actividad profesional.

A diferencia de otros postgrados similares, el Seminario Andrés Bello tiene como una de sus directrices más señeras la formación de buenos docentes, pero también la de buenos investigadores. Es así como en ocasiones, cuando se reúnen ciertas exigencias de rigor científico y de excelencia académica, algunos de los egresados son llamados para formar parte de la nómina de investigadores de planta del Instituto Caro y Cuervo o para coadyuvar en las cátedras del Seminario en la modalidad de monitores.

Propende también este centro de estudios superiores por una integración equilibrada en la aparente dicotomía lengua-literatura, punto de vista éste que ha desencadenado encendidas polémicas en las últimas décadas, quizá por no quererse aceptar su tácito carácter de indisolubilidad o al menos de atribución recíproca. ¿Dónde están las fronteras, si las hay, que separan la una de la otra?

¿Cómo deslindar en la obra de Vallejo, de Darío, de Icaza, de Cortázar o de García Márquez lo que es la lengua de lo que es literatura? ¿No es ésta la exteriorización de aquella? Hay una conciencia clara en el Seminario, en consecuencia, de que sin un buen acervo lingüístico no puede acometerse ningún estudio serio en literatura. La última reforma curricular del Andrés Bello logró hermanar en armónica simbiosis las consideraciones anteriores y es debido a ello que el primer año de estudios ha sido llamado de integración. No se piense, sin embargo, que esta concepción de la filosofía de nuestra casa de estudios en torno a la dualidad lengua y literatura

se ha impuesto como un capricho o como una característica de originalidad en su postgrado. Emanan ella de una convicción profunda de que es a través de la lengua como una nación puede alcanzar su plena identidad cultural. Es la lengua la que re-crea el mundo y la que permite bautizarlo de nuevo. Es la lengua la que plasma la cosmovisión de una determinada etnia y casi que estaríamos tentados a decir con Humboldt que ella es la forjadora del espíritu nacional de un pueblo.

No ha pretendido el Seminario nunca, en sus seis lustros de funcionamiento, esclavizarse en aras de corrientes o de autores consagrados por la moda, advenediza y fugaz en ocasiones. Si en lingüística, por ejemplo, los años cincuenta estuvieron influenciados por el estructuralismo, la década de los sesenta por el generativismo y del año 75 en adelante por las teorías sobre el texto, el Seminario Andrés Bello admitió en su plan de estudios algunos de los postulados esenciales de esas tres vertientes, pero una vez que el tiempo hubo ejercido su poder decantador, esto es, recibió aquellos aspectos que en ningún momento hubieran podido reñir con sus fines específicos y prioritarios.

Podría decirse, entonces, que son las nuevas corrientes las que se pliegan al *curriculum* y no éste a aquellas. Otro tanto ocurre con los estudios literarios que vienen evolucionando desde los análisis psicológicos hasta las modernas propuestas de Lukacs, Goldman y Bajtin.

Estas consideraciones y las que ha tenido a bien señalar el director del Instituto, constituyen la piedra angular sobre la cual se yergue el andamiaje del Seminario Andrés Bello. A él se han acogido, desde su iniciación, los estudiantes venidos de todas las regiones de la geografía nacional así como de prácticamente todos los rincones del mundo. Luégo ellos, ya en su trasegar como profesores o investigadores de colegios y universidades darán, como han dado, testimonio fehaciente de seriedad académica y de entrega permanente a unos principios que tanta falta le están haciendo a la labor docente.

Al entregar el diploma a este brillante grupo de profesores, el Seminario Andrés Bello quiere expresar su más viva complacencia, agradecer a todos ustedes su gentil presencia y evocar con admiración y respeto las sombras tutelares de sus decanos anteriores —algunos de ellos ya desaparecidos— porque gracias a su tesón, a sus luces y a sus límpidas ejecutorias, el Seminario es y ha sido honra de Colombia y orgullo del mundo académico. Muchas gracias.

EDUARDO SANTOS



La vida del doctor Eduardo Santos se identifica plenamente con toda una época de la historia colombiana. Sus mismos orígenes ya presagiaban una prolongada y fructífera vida pública. Hijo del abogado santandereano Francisco Santos Galvis (sobrino de la heroína Antonia Santos) y de doña Leopoldina Montejo (dama boyacense), Eduardo Santos nació en Bogotá el 28 de agosto de 1888.

Realizó sus estudios de primaria en el Colegio Menor de Nuestra Señora del Rosario y en el de La Salle; culminó estudios de secundaria en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Estudió Derecho en la Universidad Nacional, donde se graduó como abogado en 1908. Al año siguiente se vinculó a *La Revista*, publicación cultural que dirigía don Tomás Rueda Vargas. Viajó a Europa en 1909, donde colaboró con varios periódicos y revistas madrileños, bajo los seudónimos de Leonardo Marini y Lázaro Fonte. En este mismo año se vincula a *El Tiempo* como periodista, y en 1913 compra el periódico a Alfonso Villegas Restrepo; desde entonces se hace director-propietario hasta el día de su muerte el 27 de marzo de 1974.

Desde muy temprana edad, Eduardo Santos se forja como figura significativa en la evolución colom-

biana, reflejo de un permanente cultivo mental y espiritual inspirado en el ferviente deseo de progreso nacional. Se distinguió como estadista y político, escritor e historiador, parlamentario y diplomático, filántropo y periodista. Desempeñó cargos importantes como diputado, gobernador de Santander, ministro de Relaciones Exteriores, congresista, director del partido liberal, presidente de la república en 1938, calificado representante de Colombia ante organismos internacionales con ocasión de diversos problemas (como el de Leticia, con el Perú, y el de límites con Venezuela); el doctor Santos era un hombre que vivía en función de patria. Nada de lo que era colombiano pudo serle extraño. Conocía del país sus problemas, su historia y su gente. En el fondo la austeridad civil, la nobleza intelectual, la vocación de servicio democrático del doctor Santos, están nutridos por una escondida vena humanitaria, que lo convirtió en un surtidor inagotable de amor humano. De la cultura francesa involucró a su temperamento la sensatez, el equilibrio y la serenidad. En la Universidad de París había sido ocasional condiscípulo de Lenin, hecho que recordó con agrado como anécdota de su vida estudiantil en París.

Su vida siempre transcurrió orientada al bienestar del país. Contó con el apoyo de su esposa, doña Lorencita Villegas de Santos, quien lo acompañó en todas sus empresas y fue impulsora de varias obras filantrópicas como el Hospital Infantil y la Liga Antituberculosa Colombiana.

En verdad, es mucho lo que queda por decir de Eduardo Santos; tan sólo este boceto biográfico trasluce la grandeza, inteligencia y saber, en el diverso y disperso acontecer nacional, de un ciudadano colombiano que, con su patriotismo y discreción, se perfila como una de las figuras con mayor relieve en la historia del país.

CLARA INÉS WILLS R.
Seminario Andrés Bello

BIBLIOGRAFÍA DE EDUARDO SANTOS

SANTOS, EDUARDO.

De cómo vivió y de cómo sabe morir un periódico libre. Bogotá, [Antares, 1955].

38 págs. 23 cm.

Mensaje a los amigos de "El Tiempo" y a cuantos, en Colombia o fuera de ella, crean en los fueros de la verdad y la justicia.

— La crisis de la democracia en Colombia y "El Tiempo". México, Gráfica Panamericana, 1955.

236 págs. 20 cm.

- Las etapas de la vida colombiana. Discursos y mensajes 1938-1942. [Bogotá, Imp. Nacional, 1946]. 216 págs. 19 cm. (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 96).
- Mensaje del Presidente de la República de Colombia al Congreso Nacional en sus sesiones de 1940. Bogotá, Imp. Nacional, 1940. 78 págs. 23 cm.
- Mensaje del Presidente de la República de Colombia al Congreso Nacional en sus sesiones de 1942. Bogotá, Imp. Nacional, 1942. 117 págs. 22 cm.
- Obras selectas: editoriales del diario "El Tiempo", 1913-1930. [Bogotá], Cámara de Representantes, [1981]. 702 págs. 23 cm. (Colección Pensadores Políticos Colombianos, XIII).

ARTÍCULOS Y DISCURSOS

SANTOS, EDUARDO.

- Ante un ultimatum, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 115-120. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- Claridad en la política liberal, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 121-127. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- Corrientes que unifican, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*, 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 49-56. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- Discurso del doctor Eduardo Santos en la manifestación al doctor Olaya Herrera el 6 de agosto de 1924, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 107-115. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- Eduardo Santos, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. [27]-166. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- Eduardo Santos y el conflicto internacional con el Perú, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 57-78. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- El liberalismo en el poder, y su actitud ante los fuegos de la derecha y de la extrema izquierda, en

Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos). 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 99-107. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).

- El Negus ante la Asamblea de Ginebra, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 161-166. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- El país y los partidos, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 45-49. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- El partido republicano y la unión liberal, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 29-37. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- La aprobación del Protocolo de Río en el Senado de Colombia, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva [s. f.], págs. 79-98. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- La libertad del elector, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 37-41. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- La política del liberalismo ante el gobierno y el frente popular, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 127-155. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- Los problemas de los otros: el General Gómez y su régimen, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 155-160. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).
- Respuesta a la carta de Villegas Restrepo, en *Periodismo (Eduardo, Enrique y Gustavo Santos)*. 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.], págs. 41-44. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Periodismo, 69).

PRÓLOGOS

SANTOS, EDUARDO.

Prólogo, en FERNANDO RIVAS SACCONI, *Existencia de la política internacional de Colombia*, tomo I, Nuestro Siglo XIX. Bogotá, Edit. El Gráfico, 1949, págs. VII-XII.

- En vez de prólogo, en DANIEL ORTEGA RICAURTE, *Cosas de Santafé de Bogotá*, Bogotá, Edit. ABC, [1959], págs. VII-XII. (Academia Colombiana de Historia, Biblioteca Eduardo Santos, XVII).
- Recordando a Tomás Rueda, en TOMÁS RUEDA VARGAS, *Escritos*, Bogotá, [Antares], 1963, tomo I, págs. IX-XXII.
- Recordando a Tomás Rueda, en TOMÁS RUEDA VARGAS, *Visiones de historia y la Sabana*. [Bogotá], Instituto Colombiano de Cultura, [1975], págs. 25-36. (Biblioteca Básica Colombiana).
- Prólogo, en INDALECIO LIÉVANO AGUIRRE, *Rafael Núñez*. [Lima], Editora Latinoamericana, [s. f.], págs. 9-16 (Segundo Festival del Libro Colombiano).
- Prólogo, en INDALECIO LIÉVANO AGUIRRE, *Rafael Núñez*. 3ª ed. [Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1972], págs. 13-21 (Colección Historia Viva).

E D I T O R

Santos, Eduardo, *editor*.

AZORÍN.

Clásicos y modernos. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
págs. 33-64. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 14 serie II, 871).

Santos, Eduardo, *editor*.

BLANCO-FOMBONA, RUFINO.

Cuentos americanos. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
págs. [289]-320. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 58-serie V, 1181).

Santos, Eduardo, *editor*.

ERCKMANN, EMILE, y CHATRIAN, LUIS ALEJANDRO.

Cuentos de los Vosgos. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
págs. 33-96. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 50-serie V, 1127).

Santos, Eduardo, *editor*.

HOFMANN, ERNESTO TEODORO GUILLERMO.

Coppélius (Cuento fantástico). [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
págs. [257]-288. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 57-serie V, 1175).

Santos, Eduardo, *editor*.

KIPLING, RUDYARD.

La foca blanca. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
págs. 253-283. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 21 serie II, 920).

Santos, Eduardo, *editor*.

LORENZANA MÁXIMO.

La niña de "Granada". [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
págs. 35-68. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 26-serie III, 957).

Santos, Eduardo, *editor*.

LOTI, PIERRE.

Visiones egipcias. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
págs. [69]-79. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 35-serie III, 964).

Santos, Eduardo, *editor*.

MARTÍNEZ SIERRA, GREGORIO.

Horas de sol. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
32 págs. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 61 serie VI, 1205).

Santos, Eduardo, *editor*.

MAUPASSANT, GUY DE.

Cuentos escogidos. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
págs. [217]-158. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 17 serie II, 892).

Santos, Eduardo, *editor*.

PARDO BAZÁN, EMILIA.

Nieto del Cid. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
31 págs. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 13, serie II, 864).

Santos, Eduardo, *editor*.

QUEIROZ, EÇA DE.

La perfección [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].
págs. 101-131. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 28-serie III, 970).

Santos, Eduardo, *editor*.

VÍCTOR HUGO.

La oración por todos. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].

págs. 323-354. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 11-850).

Santos, Eduardo, *editor*.

VILLAESPESA, FRANCISCO.

Reliquias. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.]. págs. [287]-316. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 35-serie III, 1011).

Santos, Eduardo, *editor*.

WELLS, HERBERT GEORGE.

El fabricante de diamantes. [Bogotá, Imp. de El Tiempo, s. f.].

págs. [317]-342. 17 cm. (Lecturas Populares. Suplemento Literario de "El Tiempo", N° 35-serie III, 1018).

S O B R E

BELTRÁN GUERRERO, LUIS.

El presidente Santos, en LUIS BELTRÁN GUERRERO, *Candideces*. Novena serie. Caracas, Edit. Arte, 1976, págs. 172-175.

BUSHNELL, DAVID.

Eduardo Santos y la política del buen vecino 1938-1942. [2ª ed.]. [Bogotá], El Áncora Editores, [1984].

184 págs. 19 cm.

Traducción de Antonio Cuéllar. Título original: *Eduardo Santos and the Good Neighbour*.

CRUZ SANTOS, ABEL.

Eduardo Santos, en ABEL CRUZ SANTOS, *Cuatro humanistas colombianos: del siglo XIX al siglo XX*. Bogotá, Edit. Kelly, 1975, págs. [75]-92.

Discurso en la sesión solemne del Colegio Máximo de Academias, celebrada el 28 de agosto de 1974.

EASTMAN, JORGE MARIO.

Eduardo Santos, en EDUARDO SANTOS, *Obras selectas: editoriales del diario "El Tiempo" 1913-1930*. [Bogotá], Cámara de Representantes, [1981], págs. 11-30. (Colección Pensadores Políticos Colombianos, XIII).

GUTIÉRREZ VILLEGAS, JAVIER.

Santos y López de Mesa: sesenta años de historia nacional. [Medellín], Universidad de Antioquia, [1984].

346 págs. 21 cm.

LÓPEZ MICHELSEN, ALFONSO.

Eduardo Santos, en EDUARDO SANTOS, *Obras selectas: editoriales del diario "El Tiempo" 1913-1930*. [Bogotá], Cámara de Representantes, [1981], págs. 679-691. (Colección Pensadores Políticos Colombianos, XIII).

LOZANO Y LOZANO, JUAN.

Eduardo Santos o el espíritu de la tolerancia, en EDUARDO SANTOS, *Obras selectas: editoriales del diario "El Tiempo" 1913-1930*. [Bogotá], Cámara de Representantes, [1981], págs. 672-678. (Colección Pensadores Políticos Colombianos, XIII).

SANTOFIMIO BOTERO, ALBERTO.

Eduardo Santos, en EDUARDO SANTOS, *Obras selectas: editoriales del diario "El Tiempo" 1913-1930*. [Bogotá], Cámara de Representantes, [1981], págs. 692-702. (Colección Pensadores Políticos Colombianos, XIII).

Roma, 4 de agosto de 1988

Excelentísimo y querido amigo Embajador
Rivas Sacconi e
Ilustrísimo Director del Instituto Caro y Cuervo:

Acabo de recibir el tercer tomo (Letra E) del monumental Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana, editado por ese insigne y benemérito Instituto Caro y Cuervo, y estoy profundamente agradecido por el valioso envío. Diré por añadidura que había guardado cuidadosamente todos y cada uno de los fascículos que ahora componen el imponente volumen.

No sé cómo expresarles mi gratitud por este valioso obsequio, como también por el envío regular de todas las publicaciones lingüísticas y literarias del Instituto, las que tengo alineadas en los estantes de mi modesta biblioteca, no sin primero hojearlas, para darme cuenta de su contenido y detenerme en las páginas más llamativas, en la espera de que un día me sea dado dedicarles la debida atención.

Mis dieciséis años de servicio en Hispanoamérica (El Salvador, Bolivia, Venezuela, Colombia y Chile) me hacen sentir como propias la lengua y la cultura castellanas.

Con mis votos y oraciones por la feliz prosecución de la grandiosa empresa, les renuevo mi bendición y mi más atento y cordial saludo.

Cardinale Sebastiano Baggio

HOMENAJE A LA MEMORIA DE ARCADIO PLAZAS

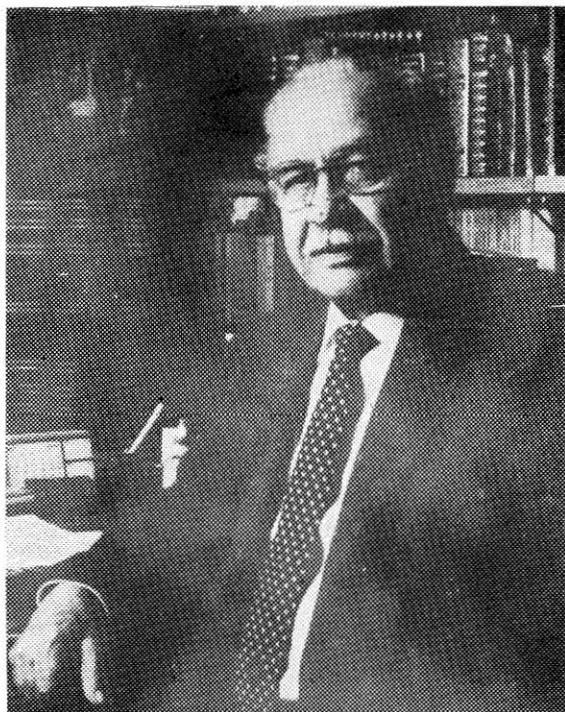
El 16 de agosto en la sede del CERLALC, Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, se rindió un homenaje póstumo al doctor Arcadio Plazas Sierra, fallecido el pasado 27 de junio.

En el acto hablaron los doctores Álvaro Garzón, en representación de la Unesco, Alberto Augsburger y Óscar Delgado por el CERLALC.

El doctor Plazas Sierra, director-fundador del CERLALC, fue uno de los principales gestores y colaboradores del Instituto Caro y Cuervo en la creación y puesta en marcha de la Imprenta Patriótica en Yerbabuena.

La asesoría de los doctores Arcadio y Jorge Plazas Sierra fue vital y a ellos, en gran medida, se debe el inicial impulso y desarrollo de la actividad editorial del Instituto.

Noticias Culturales, en reconocimiento a la labor de don Arcadio Plazas y como un homenaje a su memoria, transcribe las palabras del doctor Álvaro Garzón.



ARCADIO PLAZAS SIERRA

La vida de las instituciones se parece mucho a la de las personas: hace un año nos reuníamos aquí, en este hogar iberoamericano del libro, para celebrar, festivos, sus primeros quince años de vida. Hoy nos reunimos, atribulados, para evocar la desaparición de uno de los progenitores de esta institución: para honrar la memoria de Arcadio Plazas, el primer director del CERLALC.

Agradezco al actual director del Centro, el doctor Óscar Delgado, que me haya invitado a tomar la palabra en este acto. A pesar de la carga emocional que ello supone para mí, he aceptado gustoso, consciente de cumplir, a la vez que con una ceremonia institucional, con un rito íntimo de amistad hacia el compañero entrañable de los primeros años del CERLALC.

Arcadio Plazas fue un fruto escogido de la tierra fecunda de la Sabana de Bogotá. Pertenece a esa generación enmarcada entre el principio y el fin del siglo xx, a esos hombres a quienes les fueron deparados todos los asombros, tan raudos fueron los cambios que les tocó vivir. Quizás un temprano germen de angustia por la equidad en el mundo, determinó su vocación de jurista. Y cuando tuvo que elegir entre las ramas del derecho, escogió — pionero en su época — la defensa de lo más misterioso, de lo más sublime que el hombre lleva en sí: su capacidad de crear, la protección del derecho de autor.

Al mismo tiempo y de muy joven se asomó al universo del libro y de la palabra impresa. La fascinación de ver cómo se materializa el pensamiento sobre el papel oloroso a tinta fresca es un peligroso

embujo del espíritu y de los sentidos. Porque el hombre que lo experimenta una vez en su vida ya no puede nunca más romper el sortilegio. Y Arcadio hacía parte de esos hechizados.

De esa manera, el libro y el derecho de autor fueron en su vida las dos alas de su vuelo.

Librero y editor, tratadista y maestro, quizás la huella más profunda y más viva de su paso quedó en las generaciones que formó con esa sabiduría amable y ese rigor benévolo que le eran característicos.

Tuve la suerte de conocerlo porque se nos había encomendado una tarea en común: la de darle forma tangible a la idea del CERLALC, con el fin de sacarlo de la teoría y volverlo un instrumento útil al desarrollo del libro y la lectura en los países de cultura hispanolusitana. Esto que se enuncia con tan pocas palabras resultó ser una tarea descomunal. Sin ningún antecedente en la región y con muy escasos en el mundo, constituía un desafío a la altura de los quilates profesionales de Arcadio.

Como testigo presencial, puedo dar testimonio del entusiasmo y la entrega con que acometió la tarea: ¡cuánto tiempo le dedicó! ¡Cuántos viajes, cuántos diálogos, cuántas reuniones, cuántos desvelos! En un primer momento, para comprender las dinámicas secretas de ese universo del libro, en donde los mecanismos de orden cultural, económico y social se articulan y conjugan de tantas maneras como países existen y como libros se publican.

Y en un segundo tiempo para afinar los diagnósticos, para suscitar el diálogo entre el Estado y el sector privado —elemento clave de toda política de desarrollo de la industria editorial—, para sugerir las soluciones, para asegurar a los Estados Miembros en la formulación de una política del libro consecuente con sus propios intereses. Y al mismo tiempo, era necesario echar los cimientos administrativos del CERLALC, modelar su perfil institucional y afirmar su existencia como fórmula jurídica de organismo regional que tampoco tenía antecedentes en Colombia.

Yo sé que si Arcadio en persona hubiera hecho la evocación de esos años heroicos del CERLALC, no hubiera omitido pronunciar algunos nombres estrechamente ligados a los comienzos del Centro, tales como Gabriel Betancur Mejía, Clara Nieto de Ponce de León, José Manuel Rivas Sacconi, Heriberto Schiro, Jorge Rojas, Juan Francisco Villarreal y algunos más que creyeron desde un principio en esta idea y que trabajaron duramente en su realización. Ellos depositaron su confianza en Arcadio Plazas como primer director del CERLALC, le brindaron su apoyo y lo rodearon con su consejo y amistad.

Por razones de salud, Arcadio tuvo que dejar la Dirección del CERLALC. Más tarde, la UNESCO solicitó sus servicios para el cubrimiento del área hispanoamericana en la cooperación técnica relativa al derecho de autor, y sus sucesores en la Dirección del Centro acudieron a él constantemente para confiarle delicadas tareas de su especialidad, como fue el caso de la compilación del *Repertorio Universal de Leyes y Tratados sobre Derechos de Autor*, en lengua española, su última gran contribución a los programas del Centro y de la UNESCO.

Si es verdad, como dicen, que los muros tienen memoria, los de esta casa deben de estar impregnados del recuerdo de este hombre que sufrió aquí las incertidumbres y saboreó las satisfacciones de los albores de esta institución.

La consagración de Arcadio a su trabajo, su lucidez y su equilibrio sólo se pueden comprender si se le conoce en el marco de su entorno familiar, rodeado de Leonor, que fue la mujer de su vida, y de sus cinco hijos, a quienes amó, diferentes entre sí como los diamantes de una misma corona. Leonor fue su compañera de todos los momentos, su equilibrio y su virtud. Cuando, atormentado por su sentido ético de la vida, Arcadio era todo dudas, Leonor era la clarividencia y la decisión; cuando él se remontaba en un arranque de optimismo desbordado, ella estaba allí, sin destruir su entusiasmo, mostrándole delicadamente la real dimensión de las cosas. Fuerza en los momentos difíciles, alegría en la tristeza, ganas de vivir en la depresión,

ella merece, tanto como Arcadio, los honores de este momento.

El tiempo, dijo Borges, es la “materia de que estamos hechos”. Y el tiempo de la vida se va, se escurre como la arena entre los dedos. De la fugacidad y de lo deleznable del hombre sólo queda en pie lo que el hombre haya podido crear de espiritual. Dichoso quien, como Arcadio Plazas, logra, para perdurar, no sólo vincular espléndidamente su nombre a una aventura internacional de la inteligencia, como es el CERLALC, sino también dejar un monumento entrañable de amistad y admiración en el corazón de quienes le sobrevivimos todavía por algún tiempo en esta tierra.

Muchas gracias.

ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE UNIVERSIDADES

ACUERDO NÚMERO 5 DE 1988

(julio 14)

por el cual se aprueba el ingreso de una nueva Institución al seno de la Asociación Colombiana de Universidades.

EL CONSEJO NACIONAL DE RECTORES DE LA ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE UNIVERSIDADES

en uso de sus atribuciones legales y estatutarias, y

CONSIDERANDO:

Que el INSTITUTO CARO Y CUERVO ha solicitado ser admitido como Miembro de la Asociación Colombiana de Universidades;

Que el Comité Administrativo de la Asociación, en su reunión del día 13 de julio de 1988, estudió la solicitud y emitió concepto favorable al Consejo Nacional de Rectores;

Que el Consejo Nacional de Rectores, en su reunión del día 14 de julio de 1988, estudió y aprobó la solicitud de acuerdo con las normas estatutarias vigentes,

ACUERDA:

Artículo único. APRUÉBASE el ingreso del INSTITUTO CARO Y CUERVO de Bogotá, a la Asociación Colombiana de Universidades con el carácter de MIEMBRO AFILIADO a partir de la fecha de expedición del presente ACUERDO.

COMUNÍQUESE Y CÚMPLASE

Dado en Bogotá, a los catorce (14) días del mes de julio de mil novecientos ochenta y ocho (1988).

JESÚS FERRO BAYONA
Presidente

JORGE RIVADENEIRA VARGAS
Secretario

EN EL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE CÉSAR VALLEJO

En el año 1922 aparecen publicados en Europa el *Ulises*, de James Joyce, que decidirá el rumbo de la prosa dentro de la lengua inglesa, y la *Tierra baldía*, de T. S. Eliot, que le dará nuevo rumbo a la poesía. Ese mismo año, en una ciudad peruana apareció publicado *Trilce*, de César Vallejo, cuya importancia para la poesía en lengua española no es menor que la de T. S. Eliot en la inglesa.

Trilce en Hispanoamérica da inicio a la renovación literaria que sería denominada vanguardismo, que intenta rescatar a la escritura poética del fonocentrismo. Con el pensamiento creativo vanguardista, el lenguaje se rompe en múltiples modos de representación; asistimos a una constante manipulación de los ritmos, de las distorsiones semánticas; terminología de libre invención, renovación sintáctica, etc. *Trilce* representa un impecable modelo textual de escritura antitradicional. El camino iniciado por Vallejo ha sido continuado y con insistencia explorado por otros grandes escritores latinoamericanos: Macedonio Fernández, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y otros.

César Vallejo nació en 1892 en Santiago de Chuco, Perú. Fue el menor de una familia de once hijos; era mestizo ("el cholo Vallejo" lo llamaban sus amigos). En 1913 se trasladó a Trujillo a estudiar filosofía y letras, carrera en la que se graduó con una tesis sobre la poesía romántica española. Estudió además varios cursos de derecho y trabajó como maestro. En 1918 fue a Lima, donde publicó los *Heraldos negros*; a finales de 1920, de regreso a Santiago de Chuco, fue encarcelado y procesado, "por incendio, asalto, intento de asesinato, robo y asonada...", experiencia que lo marcó para siempre. Salió de la cárcel en 1921. Publicó *Trilce* en 1922; al año siguiente partió para Europa y no regresó más a su país.

A su muerte, el 15 de abril de 1938, en París, la mayor parte de su obra estaba sin publicar. En 1939 se publican los *Poemas humanos*, libro en el que alcanza lo que para muchos es la más intensa poesía que ha visto el Continente; de este libro suele desprenderse su *España, aparta de mí este cáliz*, libro en el que presenta una visión de la muerte, ya no definitiva ni derrotista, sino esperanzada; ahora la muerte para Vallejo es generadora de vida, de nueva vida, de cambio, de mejoramiento, ya no a nivel individual, sino de la humanidad entera.

Además de los libros mencionados escribió las prosas *Escalas melografiadas* (1923), *Fabla salvaje*



(1923), su novela de denuncia social *Tungsteno* (1931), obras de teatro perdidas casi en su totalidad, y ensayos como *Poesía nueva* (1926), *Los artistas y la política* (1927), *Contra el secreto profesional* (1927), *La juventud de América en Europa* (1929) y *Autopista del surrealismo* (1930); estos últimos constituyen su reflexión sobre los movimientos literarios, además de elementos a los que podría denominarse como parte de la poética vallejeana.

En conclusión, Vallejo ha marcado un hito en las letras hispanoamericanas. Varias generaciones lo han reconocido como maestro, y aún ahora, cincuenta años después de su muerte, es reconocido como centro irradiador, así como lo han sido Rubén Darío, Federico García Lorca y Pablo Neruda.

MARLENY GARCÍA SÁNCHEZ.

12 de agosto de 1988

Dr. IGNACIO CHAVES CUEVAS
Director del Instituto Caro y Cuervo
Bogotá, Colombia

Distinguido señor Director:

Me permito informar a usted que el Honorable Consejo Ejecutivo de la Unión de Universidades de América Latina, durante su XXXIX Reunión, llevada a cabo el día 8 del mes en curso en Asunción, Paraguay, acordó aceptar la admisión de esa institución a este organismo como Miembro Asociado.

Al expresar a usted mi más cordial enhorabuena, deseo formularle mis mejores votos por que la presencia de esa casa de estudios en el seno de esta Unión redunde en beneficio de su superación académica, así como de la integración espiritual y cultural de nuestra región latinoamericana.

Sin otro particular, reitero a usted las seguridades de mi consideración más distinguida.

Dr. JOSÉ LUIS SOBERANES F.
Secretario General
UNIÓN DE UNIVERSIDADES
DE AMÉRICA LATINA - UDUAL

FERNANDO MEJÍA MEJÍA, UNA VOZ POÉTICA POR ATENDER

“La poesía, hecha de tiempo, y fabricada contra él, va más allá del lugar y las fechas en que fue compuesta”.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

La obra poética de Fernando Mejía reclama lectores; más aún, propagadores, pues el marco regional que la ha signado resulta — a un año de la muerte de su autor — insuficiente. Si la más reciente periodización de la poesía colombiana ha sido determinada por criterios generacionales, *Mito* (1930-45), *Nadaísmo* (1955-62), *Generación sin nombre* o *generación desencantada* (1970-85), ciertamente la obra de Fernando Mejía Mejía quedó por fuera de esa inconsistente demarcación. Más aún, si hemos de reclamar un tutelaje poético o un modelo de sensibilidad y producción, como arbitrariamente se dice de las *Greguerías* de Ramón Gómez de la Serna para *Los Nuevos*, la ‘poesía pura’ de Juan Ramón Jiménez para *Piedra y Cielo*, las obras de Saint John Perse y Pablo Neruda para los de *Mito*, la de Ginsberg para los *Nadaístas*; Borges, el Surrealismo y Cavafis para los *Desencantados*. En relación con la obra de Mejía Mejía no parece haber un modelo único y exclusivo (como no es lógico que lo haya para ningún poeta), sino más bien una amalgama de influencias renacentistas, modernistas y vanguardistas.

Lo expuesto nos está diciendo que para la poesía de este autor sólo resta voluntad lectora y crítica, pues reconocimientos institucionales tuvo (si son éstos los que en últimas — y es cosa que dudamos — sancionan el valor de una voz y unos contenidos líricos): en 1953 la Editorial Iqueima le concedió el ‘Premio Nacional de Poesía Espiral’; en 1962 el Ministerio de Educación Nacional y la Extensión Cultural de Cundinamarca le adjudicaron el primer premio ‘Selección Poética’; en fin, ha recibido valorativas menciones de Rafael Maya, Pablo Neruda, Luis Vidales, Jaime García Maffla, Jaime Mejía Duque y Álvaro Mutis.

Pero ¿qué vale resaltar en la poesía de Fernando Mejía Mejía?; sobre todo un denso abordaje de lo humano, lo sensitivo, lo errático del hombre; el ingente significado que cobran los retornos y las luchas. Ya en su primer poemario *La inicial estación* (publicado como los demás por la Imprenta Departamental de Caldas en su colección Biblioteca de Escritores Caldenses), se lee:

He retornado hacia el olvido
por los caminos más distantes:
el de la angustia me ha clavado
todos sus clavos torturantes;
el del amor me ha desterrado
con sus vocablos delirantes;
y sólo en mí crece la noche
con su tiniebla interminable.

‘Regreso’ en *La inicial estación* (1961)

El ‘retorno’ como tema no es en su poesía una simple especulación metafísica; consiste, por un lado, en un sentido hondamente borgesiano, en la revitalización (nunca recuperación) de los lugares, las gentes y los estados:

Es de azahar y de colmena el alma.
Vuelvo a ser niño. ¡Cómo reaparece
esa visión febril de los caminos
cuando iba con mi padre...! Ahora llueve
y se pierde mi voz entre los árboles
como un antiguo caracol de nieve.

‘En el campo’ en *Cantando en la ceniza* (1963)

Y, por otro lado (el más desconcertante), en un tono que recuerda a Quevedo o a Zalamea, el ‘retorno’ constituye una aproximación a la muerte, como si ésta fuese territorio sabido de antemano:

No podré desterrar
ni siquiera mi sueño.
Sin sueño
soñaré largamente,
plenamente.
Sin sueño,
volveré sobre el sueño,
antes del tiempo,
en el tiempo
y después del tiempo.

Moriré duramente
en la memoria de la vida.
en la vida
sin tiempo de la muerte.
.....
Los muertos
deben ir caminando hasta el sepulcro,
porque los muertos
ya no podrán estar sobre los vivos,
y los vivos
estaremos cansados de estar muertos.

‘Si los muertos entierran a los muertos’, en *Elegía sin tiempo* (1978).

Quedan estas mínimas sugerencias como invitación a un espectáculo de la palabra que recientemente ha sido recogido en la antología *La heredad y el exilio*, publicada por el Fondo Cultural Cafetero, y en la que se lee de Fernando Mejía Mejía: “La poesía es tránsito y estremecimiento, revelación y deslumbramiento, porque sólo el viajero sabe cuánto ha caminado”. La obra de este autor aguarda, pues, para ser juzgada como lenguaje, como testimonio, o como legado integral de una conciencia, una cultura y un pueblo.

JUAN MANUEL CUARTAS R.



RESOLUCIÓN NÚMERO 10.330 DE 1988
(julio 18)

por la cual se lamenta el fallecimiento de Don
GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA.

El Director Profesor del Instituto Caro y Cuervo,
en uso de sus atribuciones legales, y

CONSIDERANDO:

Que el día 17 de los corrientes falleció en Bogotá Don Guillermo Hernández de Alba, historiador y maestro insigne;

Que el Instituto Caro y Cuervo tuvo en Don Guillermo Hernández de Alba a uno de sus más eficaces, diligentes y notables investigadores y en reconocimiento de su dedicación lo designó miembro honorario del mismo;

Que Don Guillermo Hernández de Alba dedicó su ejemplar vida al servicio de la patria en los campos de la pedagogía, la historia, la investigación, las humanidades, y a la salvaguardia, conservación y rescate de los valores más auténticos de nuestra nacionalidad;

Que el ilustre maestro honró a las Academias, como miembro numerario de la de Historia y correspondiente de la Colombiana de la Lengua;

Que el eximio investigador sumó a su vocación intelectual la nobleza de las virtudes de cumplido caballero, modelo de cristianos y de patriotas,

RESUELVE:

ARTÍCULO PRIMERO. — Deplorar el fallecimiento de Don GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA, rendir homenaje a su memoria y proponer su vida como ejemplo de laboriosidad investigativa y de virtudes cívicas.

ARTÍCULO SEGUNDO. — Propiciar la publicación de un volumen de homenaje a la memoria del preclaro historiador e investigador desaparecido.

ARTÍCULO TERCERO. — Comunicar en nota de estilo el texto de la presente Resolución a sus familiares y a las Academias de Historia y Colombiana de la Lengua.

COMUNÍQUESE Y CÚMPLASE.

Dada en Bogotá, a los 18 días del mes de julio de 1988.

El Director Profesor del Instituto Caro y Cuervo,
IGNACIO CHAVES CUEVAS

El Secretario, Encargado,
CARLOS JULIO LUQUE CAGUA

XX



DON
GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA

XX

EL INSTITUTO CARO Y CUERVO
CUMPLE CUARENTA Y SEIS AÑOS

Los días 25 y 26 de agosto del presente año se realizaron en Yerbabuena, sede principal del Instituto Caro y Cuervo, diversas jornadas culturales y deportivas con el fin de celebrar el cuadragésimo sexto año de la expedición de la Ley 5ª de 1942 por la cual se creó el Instituto Caro y Cuervo.

El doctor Ignacio Chaves C., director del Instituto, manifestó la importancia del trabajo desarrollado en estos años y que tanto relieve ha tenido para el progreso cultural y científico de Colombia y de los países hispánicos. Recordó la labor del padre Félix Restrepo, primer director del Caro y Cuervo, y de los doctores José Manuel Rivas Sacconi y Rafael Torres Quintero, forjadores de este baluarte de la cultura y la tradición humanística de Colombia.

En su sucinto recuento de la acción realizada recordó el director los esfuerzos que se están haciendo alrededor de la continuación del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, y de otros trabajos e investigaciones emprendidas por el Instituto.

Finalmente el doctor Chaves agradeció la dedicación y el esfuerzo de investigadores y empleados del Caro y Cuervo y, como acto especial, fue descubierto el epígrafe colocado a la entrada de la biblioteca de Yerbabuena que dice *Biblioteca 'José Manuel Rivas Sacconi'*, y que obedece a una decisión de la dirección del Instituto tomada por medio de la Resolución 9841 del 24 de agosto de 1987.

NUEVA MESA DIRECTIVA
EN LA ACADEMIA COLOMBIANA

Para el trienio 1988-1991 la Academia Colombiana de la Lengua, en su junta ordinaria del 11 de julio de 1988, realizó elección de Mesa directiva así: don Eduardo Guzmán Esponda como director; el Padre Manuel Briceño Jáuregui como subdirector; don Abel Naranjo Villegas como censor; don Manuel José Forero como bibliotecario y don Luis Duque Gómez como Tesorero.

Simijaca, 17 de julio de 1988

Doctor
Ignacio Chaves Cuevas
Director Instituto Caro y Cuervo
Bogotá

El Honorable Concejo Municipal de Simijaca, en su sesión ordinaria de fecha 4 de junio del presente año, y según consta en Acta número 45, acordó presentarle su agradecimiento por la donación efectuada por el Instituto, de obras literarias y de consulta a la Entidad pública, con destino a la biblioteca de esta Corporación.

Reiterando nuestro agradecimiento, me suscribo de Ud.

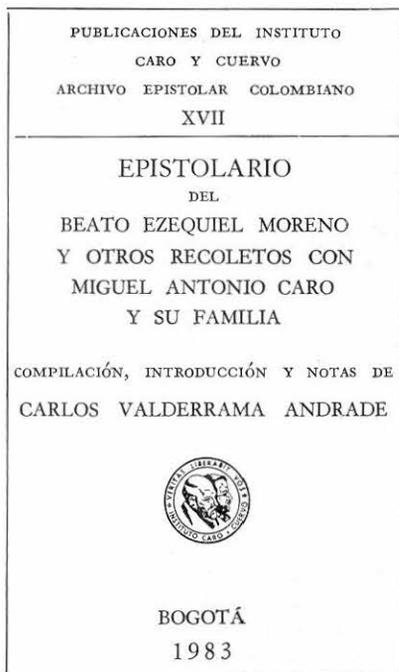
Atentamente,

ANDRÉS VICENTE CABALLERO MURCIA
Presidente Concejo Municipal - Simijaca

En nuestro viaje aún,
no llegamos
al seguro, resguardado puerto.
He vivido en un país de hombres
desde que me dejaste descendido de tu mano
en el ajeno, en el lejano mundo nuestro.
Son acaso de años los meses tras el tiempo
y el aire aún conserva, mariposa,
dibujada la huella de tu vuelo.
Yacen mis huesos desde entonces enterrados
aquí abajo
entre mi carne
viva
hasta cuándo.
Arriba sé que brillan
el sol en su amarilla flor
los años en los años
y el tiempo
entre su eternidad.

ERNESTO PORRAS COLLANTES

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO



VALDERRAMA ANDRADE, CARLOS, (compilador). *Epistolario del Beato Ezequiel Moreno y otros Agustinos Recoletos con Miguel Antonio Caro y su familia*. Compilación, introducción y notas de cva. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1983, 23 x 15 cms., 175 págs.

La beatificación de fray Ezequiel Moreno, en noviembre de 1975, suscitó en mí el deseo de dar a conocer las cartas que de él se conservan en el archivo de Miguel Antonio Caro. Este deseo es hoy una realidad que merece un comentario introductorio, de explicación e ilustración para quienes se interesan por nuestro pasado histórico, por el testimonio directo de un hombre de Dios que pasó entre nosotros quince años, más o menos, de su meritoria existencia, y para quienes han visto en Caro un punto de referencia forzoso en los años en que se plasmaba definitivamente la obra política de la Re-

generación y se desataban los vientos que iban a hacerla en cierta forma frustránea.

La presencia y actividad misionera y pastoral del beato Ezequiel coinciden con los años en que Caro ejercía el poder ejecutivo. Dio la circunstancia de que entre estos dos personajes se estableció una rara corriente de amistosa simpatía, que iba a determinar, en buena parte, el camino ascendente que siguió la vida del fraile agustino recoleto, llegado aquí como restaurador de la provincia de La Candelaria, su primer provincial, luego primer vicario apostólico de Casanare y por último obispo de Pasto.

Como fundamento de esta presencia actuante de fray Ezequiel en la vida colombiana, en momentos de singular agitación política, de oposición sin tregua decretada contra el presidente Caro, de pujas y contradicciones electorales que pararon en la elección de dos venerables ancianos para los puestos de mando supremo en el país, y esto en medio de la última declarada de nuestras guerras civiles, están sin duda las virtudes eximias del fraile alforence, tocado por el dedo de Dios y hecho aquí entre nosotros, también él, signo de contradicción.

Las cartas que aquí encontrará el lector cubren un período relativamente corto, que va de 1893 a 1907. Casi todas son de fray Ezequiel, tomadas de sus originales autógrafos o de copia autorizada, y algunas otras que, aunque no son de él, se relacionan directamente con su persona o con sus actuaciones.

C. VALDERRAMA A.

*

Huellas del camino hace parte de la serie «La Granada Entera» que publica en Bogotá el Instituto Caro y Cuervo. La edición es de 1988 y su autora, Jennie Figueroa Lorza. Se trata de un texto de 144 páginas, profusamente ilustrado con fotografías pertinentes, en el cual la autora narra, en prosa clara y sencilla, una buena cantidad de anécdotas de las encuestas para el ALEC.

Este ALEC no tiene nada, pero absolutamente nada que ver con el personaje del mismo nombre que figura en la novela «La muerte de Alec», de Darío Jaramillo Agudelo. Desde luego que no. Porque aquí ALEC es la sigla del Atlas Lingüístico - Etnográfico de Colombia.

Como es sabido, ese ALEC está editado en seis tomos. Cerca de veinticinco años emplearon en su elaboración los investigadores del Departamento de Dialectología del Instituto Caro y Cuervo, «para lo cual tuvieron que salir a encuestas, después de papeletizar, dibujar, y luego, terminada la labor de campo, preparar la cartografía y revisar artes finales, hasta la salida de la edición».

En este libro singular, Jennie Figueroa Lorza, quien participó en la tarea de investigación, relata las vivencias y las peripecias que sirvieron de experiencias a quienes conformaban la comisión. Para la autora, esas experiencias vividas la hicieron recordar las del Quijote, el extraordinario personaje de Cervantes. Y por ello, cada capítulo de esas *Huellas del camino* es introducido por un epígrafe tomado del Quijote.

Es este un libro que se lee con agrado y que enseña muchas cosas a quienes todavía tenemos empeños en aprender.

GERMÁN VARGAS.

El Heraldo, Barranquilla, agosto 22 de 1988.

Evocación en los 450 años de Bogotá

Al cumplir Bogotá 450 años de fundada, *Noticias Culturales* publica el artículo que escribió, con motivo del cuarto centenario, para *El Gráfico*, en 1938, don Alfonso María Rojas.

BOGOTÁ Y LA COPLA

Cuando don Gonzalo Jiménez de Quesada, después de una epopeya que está aún sin cantar, llegó desde las orillas del mar a esta bella altiplanicie, marchando con su hueste por un vasto país desconocido y salvaje, otros dos grandes conquistadores de América llegaron a la misma altiplanicie, por el sur el uno, Belalcázar, en su sueño del Dorado, y el otro por el oriente, el tudesco Federman. Caso único y grande en la historia del nuevo mundo y que señala para la ciudad que se fundó entonces en esta paradisíaca tierra un destino especial en la vida del nuevo continente que descubrió Colón con la hazaña más grande de los siglos.

Gonzalo Jiménez de Quesada fundó a Bogotá en el pintoresco valle que llamó de los Alcázares, en la sede misma del Zipa, en la vasta sabana que santificó el legendario Bochica; la llamó Santa Fe, en recuerdo de un hecho guerrero de la ciudad de su cuna, Granada, la de los reyes moros; la fundó en nombre de su Rey una mañana ante los soldados de su gesta de conquistador y los indio atónitos, con una ceremonia a la vez geórgica, guerrera y religiosa: desenvainó la espada, arrancó unas hierbas, y el padre fray Domingo de las Casas celebró la primera misa.

Aquí los soldados de España cantaron los romances y trovas de su patria; después, el pueblo que se formó en esta tierra, tuvo sus cantos propios con la música de su nativa melodía.

En una de las *Escenas montañosas* de Pereda se encuentra una copla que tiene relación con la América y sus cantares. Un anciano español se dolía de los mozos que abandonaban su patria por venirse a buscar fortuna al través del océano al nuevo mundo y les decía al verlos partir en su nave:

A las Indias van los hombres,
A las Indias por ganar;
Las Indias están aquí
Si supieran trabajar.

Esos soldados y esos hombres de la aventura, son los que trajeron la simiente del cantar volandero. Alguno de ellos nos dejó la dulce trova que en Andalucía se oye a la sombra de los naranjales:

El amor y la naranja
Se parecen infinito:
En que por dulces que sean,
De agrio tienen su poquito.

Y aquí, en los nuevos huertos de América, en la tierra colombiana, al pie del platanar con sus amarillos racimos rodeados de azulejos y toches, un nuevo trovador

cantó otra copla que sacó de su corazón y que es hermana de la andaluza:

El amor y los guineos
No se pueden ocultar:
Los guineos por el olor
Y el amor en el mirar.

Creemos haber sugerido la historia de nuestros miles de miles de cantares nativos en la dulce lengua de Castilla. Ya podemos cumplir nuestra promesa de evocar algunos de los cantos del poeta Pueblo sobre Bogotá. En una de las noches frías de esta tierra oímos unas voces de niños en la plaza de Bolívar, no lejos de la Catedral y el Capitolio, en un ruedo de caballeros que celebraban complacidos lo que escuchaban; eran un rapaz y una rapaza del campo, que mal vestidos y los pies desnudos, y por ganar algunos centavos, habían salido a cantar con las tonadas de la guabina *cantas* de su terruño:

Si la reina me diera
Las perlas de su corona,
No las apreciara tanto
Como aprecio a tu persona.
Preciosa bogotanita
Me estoy muriendo por ti,
Por tu carita de rosa
Y tu boca de rubí.



Calle de la Moneda.

Era un viento campesino que entraba a jugar y bullir con las voces de los niños por las calles de la hidalga y acogedora ciudad que ennoblecieron los virreyes y enaltecieron los celebrados cachacos bogotanos; a la ciudad que llenó de leyendas galantes el Virrey Solís, que fue a cambiar su tizona por la cruz de Cristo en el convento de San Francisco; a la ciudad que le dio su ser a Antonio Nariño, el precursor y el mártir de la libertad; a la ciudad que perfumó con santidad el dulce padre Almanza.

El recuerdo de Bogotá se oye hasta en las coplas que cantan en lejanas comarcas. Alguna queja de alguna hija de la capital tenía el que así trovó con burla y amargura:

El primer amor que tuve
fue con una bogotana;
me quitó cuanto tenía
y suspiraba por la ruana.

En Bogotá se cultiva exquisitamente, como las rosas y las azucenas en sus jardines, un linaje de mujer en virtudes y gracias, que es gloria de la patria. Para ella es el dulce cantar:

Preciosa bogotania
me estoy muriendo por ti...

Ahora vienen dos poetisas del pueblo que así cantan su amor:

Ya sale la luna hermosa
alumbrando a Bogotá;
al hombre que es impedido
ni la mano se le da.

El anillo que me diste
en la calle'e Bogotá,
no fue anillo ni fue nada,
sólo fue la voluntad.

¿Qué querrá decir la primera? lo dice claramente: que la honradez ha de bañar siempre de luz a la mujer, como alumbró la luna a la gran ciudad de sus ensueños. La otra poetisa tiene más secreto en su cantar, y sólo ella nos podría decir su íntimo sentido.

A veces entran por las calles de la capital comparsas o grupos de campesinos que alelados lo miran todo y callan. Después en la posada, al calor de su bebida, sueltan la lengua con sus versos regionales al son de sus instrumentos de fiesta. Si algunos se asoman a oírlos, les echan en el canto alguna copla como ésta:

Los señores bogotanos
no se vayan a 'nojar',
que somos los guatecanos
que venimos a cantar.

Y se les oyen entonces coplas de este sabor y gracia:

De tierra caliente vengo
pero no soy calentano;
chirimoyas no te traje
porque las secó el verano.

De todos los animales
yo quisiera ser "quinchita",

para andar de mata en mata
y besar mi florecita.

La quinchita es el tominejo que se embriaga de néctar en nuestros jardines y conserva en el pueblo el nombre que le dieron en el antiguo dialecto indígena en esta tierra de los zipas.

Cuando la calentana viene a la fría y verde sabana de Bogotá, renace a nueva vida; recibe nuevos carmines, que le dan más primores. Lo dijo un poeta que es a la vez uno de los nombrados cachacos santafereños, don José Manuel Marroquín, cantor de la célebre *Perrilla*:

Te dio la tierra caliente
el garbo y los ojos negros,
te dio color la sabana
y hermosura te dio el cielo.

Quien venga a Bogotá no hará paseo completo si no va a conocer el Salto de Tequendama y no sube en romería a Monserrate, a visitar y adorar al Señor Caído. Y como son muchas las bogotanas que han subido a aquel santuario a pie, de la mano de su novio, y han orado juntos y luego han sentido la delicia de la festiva romería en aquella cumbre, los cantares populares celebran esa dicha con una trova que el maestro Murillo nos dio en uno de sus más conocidos aires:

La novia que no haya ido
con su novio a Monserrate,
no sabe lo que es canela
ni tamal con chocolate.

Habrán entre el pueblo cantor muchas más trovas que evoquen la bella romería a este santuario de Bogotá o que canten sus mujeres o que celebren al Señor de los Milagros de la santafereña iglesia de San Diego, de la cual hizo el padre Almanza puerta del cielo, o recuerden la tradicional peregrinación a Nuestra Señora de la Peña. Sólo el pueblo humilde las sabe y canta en sus fiestas.

Así le rendimos nuestro homenaje a la ciudad Señora de Colombia en su cuarto centenario, con estas trovas en que los hijos del pueblo unen su nombre al recuerdo de sus amores. Bogotá ha sido fiel a su simbólico y grande origen, y es hija, como toda la América, de la reina española que ofreció sus joyas para la hazaña del visionario navegante: ¡Isabel la Católica!

NOTICIAS CULTURALES

SEGUNDA ÉPOCA

BOLETÍN INFORMATIVO BIMESTRAL
DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

DIRECTOR DEL INSTITUTO
IGNACIO CHAVES CUEVAS

JEFE DE REDACCIÓN
LUIS FERNANDO GARCÍA NÚÑEZ

DIRECCIÓN EDITORIAL
JOSÉ EDUARDO JIMÉNEZ GÓMEZ

IMPRENTA PATRIÓTICA DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO